



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS DIBUJANTES
ANGEL PONS



**Tanto adelantando vas
que, si sigues, lograrás
ponerte á tu propia altura...
es decir, un metro más
que cualquiera criatura.**

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Desde la aldea, por Juan Pérez Zúñiga.—Drama entre bastidores, por Luis de Ansorena.—Para lo que hay que ver..., por Eduardo de Palacio.—Estrella del mar, por José Estremera.—Esperando, por Sinesio Delgado.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Angel Pons.—Playeras.—Entre bañeros, por Cilla.



DESDE VIGO

Aquí no hay plaza de toros ni jóvenes flamencos, ni *cante jondo*, pero no dejamos de tener nuestros *perdidos* correspondientes.

Entre la numerosa colección de chicos formales que se dedican á las tareas del escritorio y se pasan la existencia tirando líneas con ayuda del cuadradillo, figuran unos cuantos que han estado en Madrid y suelen correr una *juerga* y han visto torear á Frascuelo y conocen á Julio Ruiz.

Estos son, como quien dice, los *bribones* de la localidad, chicos de poca conciencia que no cultivan el ameno trato de las señoritas; y, en cambio, persiguen á las costureras y van á las romerías debajo de unos sombreros hongos, de anchas alas, que parecen paraguas chinos.

No acuden á la romería con el propósito de armar bronca, porque en medio de todo son blandos al castigo; pero procuran hacerse notar por el estrépito que producen, y beben el vino como si fuese agua con azúcar. De aquel vino y de otros excesos, viene la embriaguez ruidosa. De modo que siempre hay algún borracho provocativo que escandaliza á las señoras, hasta hacerlas exclamar:

—¡Ay! ¡Cómo está Manolito Cacheira!

—¡Qué lástima de joven!

—¡Parece mentira que sea hijo de personas tan decentes.

—Antes no era así, pero desde que estuvo en la Co-ruña...

—No me hable V. de las grandes poblaciones, porque son la ruína de la juventud. Mi sobrino, antes de ir á estudiar á Santiago no tenía vicios de ninguna clase, y volvió fumando como un carretero y bebiendo el vino puro.

En medio de todo, estos jóvenes *perdidos* cumplen perfectamente con sus deberes profesionales, porque aquí el mercantilismo es lo primero; y se da el caso de verles por las mañanas entre pirámides de bacalao y montones de escobas, tomando apuntes y vigilando amorosamente las mercancías, y por la tarde se ponen la ropa de calaveras y beben copas de *cognac* y juegan al dominó á dos reales la partida.

Desde las siete de la mañana hasta las dos de la tarde, andan entre pipas de rom y no prueban el líquido; pero en cuanto salen del escritorio se acuerdan de que son unos tunantes terribles, y van á pagar al café lo que pueden beber de balde en los almacenes de su casa.

Esta conducta trae disgustadas á muchas mamás, que han educado á sus hijas con el mayor esmero y ven con dolor que no encuentran marido.

—¡Ay, cómo está la juventud!—dicen tristemente.—¿De qué nos ha servido haber *puesto* á las niñas en el francés?

De nada. Las chicas se van quedando solteras sin poderlo remediar, y eso que las hay muy dispuestas y muy mujeres de su casa.

Conocemos alguna que habla el francés con perfección, toca el piano con sentimiento y con la misma habilidad hace los flanes que los sonetos. Pues á pesar de estas dotes, vive menospreciada por la juventud local.

De cuando en cuando aparece un forastero impresionante que lleva al altar á alguna hija de familia, y gracias á esto no disminuye la población, que lo demás...

* *

Se han acabado los banquetes políticos y las zarzuelas; de manera que nos hemos quedado reducidos á las reuniones por la mañana en la casa de baños y á los paseos por la tarde en la Alameda.

Los banquetes nos han proporcionado momentos agradabilísimos, porque aquí la pasión política está muy sobreexcitada y da gusto ver cómo se odian conservadores y liberales.

Ahora se discute con empeño un asunto importantísimo; el de averiguar si el banquete en honor de Pidal ha estado mejor servido que el de Martos, y si tenían mejor ropa los martistas que los pidalinos. En uno y en otro se han presentado los comensales con lo mejorcito del baul, y en ambos había gente muy limpia; pero esto no satisface á los encarnizados contendientes y desean que la opinión imparcial se decida por tirios ó por troyanos. Nosotros, por lo mismo que no somos de la parroquia, podemos decir con toda sinceridad, que ambos espectáculos han dejado muy satisfecho al respetable público.

Respecto de los discursos consignaremos solamente que mientras Pidal puso á los periodistas como ropa de pascua (y el Señor se lo aumente), los liberales nos obsequiaron con buenas palabras y excelente *Champagne*.

Y váyase lo uno por lo otro.

* *

Los madrileños comienzan á abandonar estas playas, después de haber lucido sus dotes personales.

Alguna madrileña espiritual ha dejado recuerdos indelebles en la mente de un chico que anda por aquí con los ojos apagados y el labio caído, diciendo á cuantos se le acercan:

—¡Qué desgraciado soy!

—¿Qué te pasa, Paquito?

—¡Me he quedado solo en el mundo!

—¿No tienes familia?

—Sí, pero como si no la tuviera. Mamá no quiere que ame por ahora, mientras no me desarrolle. Papá me ha pegado en la cabeza con la mano del almirante, porque le he confesado mi pasión, y entre tanto yo muero de amores por Aciscla, que salió el martes para la corte.

—Síguela.

—No me dejan en casa.

—Sacude el yugo paterno.

—Lo mejor será que me mate.

Y con esta idea en la imaginación, Paquito se asoma á la ventana en mangas de camisa á ver si pilla un dolor de costado que acabe con él. No come más que obleas azules, porque le han dicho que son venenosas, y anda viendo si se abre una vena ó dos. Él no tiene valor para quitarse la vida de pronto, pero busca la manera de contraer una enfermedad crónica que lo mate sin sentir.

¡Qué terribles extragos produce el amor en los pechos impresionables y sencillos!

Paco siempre ha sido así. Ya cuando chiquitín se enamoró de una titiritera y estuvo á las puertas de la muerte, y gracias á unos baños fríos y á un cocimiento de canela y malvabisco, pudo salir adelante. Ahora la imagen de Aciscla no se borra de su imaginación, y el mejor día sabemos que Paquito se ha suicidado con cualquier cosa, ó que les ha faltado al respeto á sus papás y que éstos le han abierto la cabeza.

Porque todo lo que él tiene de sensible, lo tiene de bruto el autor de sus días, y siempre le está diciendo:

—Tú te casarás con quien yo quiera. ¿Has oído? Y si me apuras mucho me marchó á Madrid y le doy dos patadas á esa *cursi* que ha venido á levantarte los cascos y á hacerte olvidar tus obligaciones... A ver; pon en limpio esta factura. ¡Pronto! Después barrerás la tienda, y fregarás los cristales; quiero humillarte por medio del trabajo grosero... ¿Cómo se entiende?

¡Ay! No debían venir á estos pueblos tranquilos ciertas bellezas peligrosas de la corte, porque no es Paco sólo quien sufre las consecuencias de una pasión amorosa: hay también varias señoritas enamoradas de chicos madrileños que han desaparecido veloces, después de encender el amor en el pecho de sus víctimas.

Llegan, enamoran y se van sin decir adiós y... sin pagar al fondista.

LUIS TABOADA.

DESDE LA ALDEA

Busco asunto y me mareo;
conque ¡oh, Sinesio! perdona
que te hable de mi persona
por más que parezca feo.

¡Qué vida tan descansada
estoy disfrutando aquí!
Sé que te reirás de mí;
pero no me importa nada.

Por obra de Belcebú
(que es un tuno redomado)
ya sabes que me he quedado
tan *delgado* como tú.

A fuerza de estar enteco
son mis carnes tan sencillas,
que hacen siete mis costillas
en los forros del chaleco;
y por si el diablo la enreda,
me he venido á este lugar
con objeto de engordar
lo que buenamente pueda.

Olvido penas profundas
y aquí me paso en las huertas,
no sólo las horas muertas
sino hasta las moribundas.

Cuido con fe sin igual
cual si fuesen hijas mías,
berengenas y judías
de tamaño natural.

¿Que lo haré mal? Eso no.
Que te digan los pimientos
si no viven más contentos
desde que los riego yo.

Cuando esconde el sol su llama
y viene la noche oscura,
juego un rato con el cura
y otro rato con el ama.

No me acuerdo en todo el día
de que hay aplausos y hay gloria.
¡En cambio nuevo la noria
como una caballería!

Tú dirás: «Pues de ese modo
de seguro te embrutece.»
No; que leo algunas veces
obras clásicas y todo.

Sin ir más lejos, ayer
leí debajo de un pino
la historia de Bertoldino
¡que ya tiene que leer!

Luego me acordé de Cilla,
pues de la enramada espesa
surgió una *salamanquesa*
tan pura como sencilla.

¿Qué oigo pastoril canción
ó el dulce gruñir del cerdo?
¿Pues sabes de quién me acuerdo?
Del buen Fray Luis de León.

Entre los seres felices
me cuento algunos ratitos
viendo volar los mosquitos
delante de mis narices.

Y tan sólo pienso en Mario
y en las veladas del Real
cuando veo mi corral
que tiene abonó á diario.

¿Ves que procuro observar
los preceptos de la higiene?
Pues bueno; ¿qué causa tiene
mi tardanza en engordar?

¿Por qué estoy como una oblea
sin engordar lo que debo
á pesar de que ya llevo
cuatro días en la aldea?

¿Podrá la culpa tener
cierta prima del herrero,
que me llama *retrechero*
y me sigue por doquier?

¡Quién sabe, amigo Delgado!
El caso es que sufro mucho
al ver que estoy tan flacucho
como el día que he llegado.

Perdóname las rarezas
de esta carta empalagosa,
y no digas á mi esposa
que sigo con mis *flaquezas*
¡porque es atroz de celosa!

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

DRAMA ENTRE BASTIDORES

I

Es Lola una corista
que, aunque valor artístico la sobre
para llegar más alto, no conquista
ni un aplauso en la escena, y está pobre
por no ser tan hermosa como artista.
Y es Laura una mujer de tal belleza,
que hace perder á un santo la cabeza;
que canta mal, y sin cantar encanta;
mas lleva en el teatro la victoria,
pues si no con la voz, adquiere gloria
enseñando desnuda su garganta.
Y es, en fin, Rafael, tenor de nombre
y fama colosales,
y que emite unas notas celestiales
que no parecen provenir de un hombre.
Armoniza sollozos y gemidos,
acompaña pasiones y deseos,
y encierra en sus escalas los gorgoros
que se escapan á veces de los nidos.
Por lo demás, un hombre tan villano,
que una espantosa decepción apenas
viendo que aquel tenor, fuera de escena,
resulta más pequeño que un gusano.
Mas, á pesar de condición tan ruda,
por funesta atracción atraído á Lola,
y tantas veces su pasión juróla
que ella no tuvo de su afecto duda.

Sintió, pues, un placer extraordinario
la que antes postergada se veía,
hasta el día que Laura... ¡infausto día!
pisó por vez primera el escenario.
Que ante aquella hermosura en su apogeo,
sintió Rafael el destructor deseo
que empieza como plácida penumbra
que va aumentando, y que después deslumbra
y acaba en las angustias del mareo.
Y por ver si restaura
de sus tiempos mejores
el sosiego feliz, deja á Dolores,
como un halago que dirige á Laura.
Y Lola, ante el ya cierto
final de la ilusión de sus amores,
siente tal desconcierto
que su sensible corazón estalla,
pues parece que en él libran batalla
las fieras más feroces del desierto.
Y, al ver que su rival cede al empuje
de la pasión que á Rafael inspira,
lo que en llanto comienza, acaba en ira,
primero se estremece y después ruje;
siendo tales las ansias que la oprimen,
que al mirar á la diva y al que adora,
en aquella mirada abrasadora
se adivinan los hábitos del crimen.
Laura comprende, al cabo,
la tormenta que en Lola se desata;
mas sin temor á la corista trata
como trata un señor al vil esclavo.
—Doble ante mí—repite—la rodilla
quien quiere arrebatarme mi tesoro.
¿Qué me puede importar una chiquilla
que para hablarme necesita el coro?
Y Lola, que lo escucha,
á su pesar advierte
que, llegando á tal punto en esta lucha,
sólo existe un final y que es la muerte.

II

Como no hay quien resista
el peso de un pesar que tanto abruma,
entra una noche con cautela suma,
en el cuarto de Laura la corista.
Y, después de mirarla fijamente,
acaricia un puñal que lleva oculto,
y se lanza sobre ella brutalmente
ansiosa de vengar aquel insulto.
Y al sentir escapársele la vida
por los sangrientos bordes de la herida,
—¡Tú?...—dice Laura, pretendiendo en vano
sostenerse apoyándose en la mano,
y cayendo, por fin, desvanecida.
—¡Yo!... ¡sí!—responde fieramente Lola,—
que no cedo á ninguno lo que adoro...
¡Si para hablarte necesito el coro,
puedo venir, para matarte, sola.

LUIS DE ANSORENA.

PARA LO QUE HAY QUE VER...

Siempre lo decía Roque.

Roque, aragonés «de nación», según él, de nacimiento, según las personas no Roques.

Para él, resignado como buen creyente, cualquier desdicha pudiera pasar por fortuna, comparada con otra desdicha mayor.

Con esta lógica vivía feliz.

Contaba cuarenta años, buena salud y aun exceso de vida, como suele decirse, aunque mal, porque excederse en vivir sería caso raro.

Dinero no tenía que contar Roque, porque cuanto llegaba á sus manos salía de ellas con suma facilidad.

Pero sí contaba con un caudal de honradez que le recomendaba.

En el servicio de las armas había caído con el Capitán Gutiérrez, que era lo que se llama un buen mozo, valiente y noble por lo mismo.

Parecióle bien al capitán aquel muchacho, y le dió el título de asistente.

Título que en siglos pasados ya le hubieran tomado con orgullo grandes y nobles de esta tierra.

Pero como todo viene á menos ya no es ser asistente de un capitán lo que en un tiempo fué ser asistente de Sevilla, supongamos.

Las obligaciones del asistente en nuestros días son múltiples y aun penosas á las veces, como decía Roque.

La compra, el aseo de uniformes y el cuidado de los chicos, cuando los usa el amo, y aun mi pienso—añadía—que no me han encargado de la cría del pequeño, porque ya tienen nodriza «correlativa».

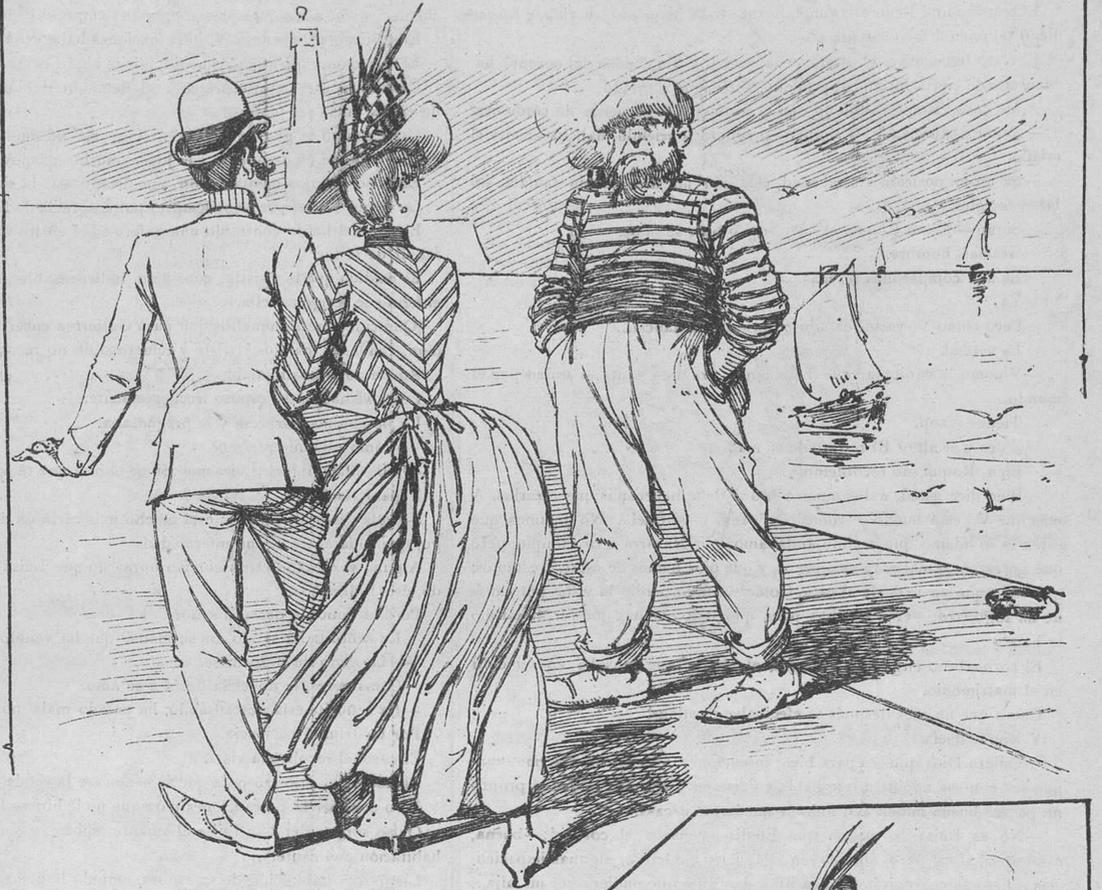
PLAYERAS



—Yo á esa muchacha protegería por los encantos que no se ven; pero he perdido cuanto tenía... ¡y ella también!



—Si yo pudiera trasladar al lienzo esta brillantísima puesta del sol, pediría por ella lo menos diez duros... y me redondeaba.



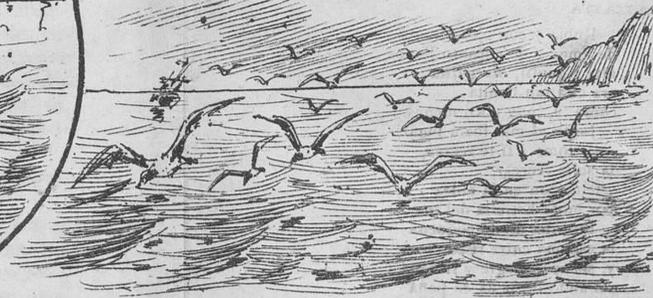
—¿Paseo que te das? ¿Bote que te quieres, pues?
—Ten cuidado, Luis. Lo que quiere es sacarnos á alta mar para comernos.



—¡Cáspita, qué ricas! Se me cae la baba como con las chicas del coro de Eslava.



—Ya está ahí ese que pega pellizcos...



Las aves marinas con rumbo hacia acá.



—¡Cuántas barbaridades se les ocurrirán á aquéllos en cuanto yo me quite la sábana!



¡No baje usted el vestido que estoy muy entretenido!

Como Roque no tenía familia alguna, cuando terminó su compromiso con la patria se quedó en la casa del ya comandante Gutiérrez, en clase de manumitido; esto es: de criado libre.

El comandante llegó á coronel, porque todo llega en esta vida, y Roque llegó también á los cuarenta años.

El trato frecuente y el carácter expansivo y bondadoso del coronel, habían creado cierta intimidad prudente entre amo y criado.

—Me caso, Roque—dijo un día el coronel á su sirviente de confianza.

—¿Vamos, que va V. á ripitir?—preguntó sonriendo maliciosamente el criado.

—Sí; en mi posición y á mi edad, está mal un hombre sin familia, sin lazos sociales.

—Sigún—objetó Roque: el buey suelto bien se lame.

—Gracias, hombre.

—Es una comparanza no más.

—Ya.

—Pero como V. ya fué casado en primera instancia...

—Es verdad.

—Y como la capitana, que Dios tenga, era una santa si andan por el mundo...

—Tienes razón.

—¿Pues y el niño? El retrato de su madre.

—Bien, Roque, no recordemos...

—Bien dice usted, á los muertos no se debe hacer más que rezarlos. A más que V. está bueno y robusto y joven, y coronel... No digamos que estemos lo mismo que cuando andábamos por Navarra á tiro limpio, pero que no estamos mal para recojernos, y que pior hemos de estar, si estamos; que es lo que yo le decía al cabo Gómez cuando perdió la vista por causa de un fogonazo:—«No te aflijas, pues, que pa lo que hay que ver, lo mismo te hace.»

El coronel no engañaba á Roque al decirle que pensaba en reincidir en el matrimonio.

Como que un mes después se efectuaba el enlace.

Y Roque decía:

—Quiera Dios que sea para bien; intenciones me dan de casarme aunque sea con esa cocinera que habla y guisa en vascuence, y que al pronto mi parece buena mujer. Así todo se quedaría en casa.

—No es Luisa lo mismo que Emilia—pensaba el coronel;—buena, candorosa, sí es; pero adivino en ella cierto carácter... algunas impaciencias... Esto se corregirá. Es una niña: tan niña que pudiera ser mi hija... De veinte á cuarenta y tres... van veintitres años.

Y Luisa era un ángel, como vulgar y novelescamente suelen decir las gentes.

Pero hay diferencias terribles.

A los veinte años se piensa y se siente de otra manera que á los cuarenta.

La amistad no es tan vehemente; el amor será tal vez más intenso, pero menos brillante.

Entre el fuego de unos ojos de veinte años de servicio voluntario y el rescoldo de unos ojos de cuarenta años de servicio forzoso, en la segunda mitad de la vida, hay diferencias notabilísimas.

Añadiendo á esto la que va del modo de pensar y sentir de la mujer al modo de pensar y sentir del hombre, se explican ciertos dramas conyugales.

Luisa estaba enamorada de su esposo.

Cualquiera lo conocía.

Una pobre niña sin posición, hija de padres humildes y sobradamente discreta para apreciar en cuanto valía la fortuna que se la presentaba, vió en el coronel su porvenir y le aceptó gustosa.

Y no por esto se crea que la guiaron miras egoistas.

Creyó que le amaba, y que le amaba de veras, y se casó.

La luna de miel fué un idilio, un tanto bufo por la pícara diferencia de edades.

Pero un idilio.

Roque decía á la cocinera:

—¿Cómo están los tórtolos! El coronel ha rejuvenecido; me parece que está lo mismo que cuando entramos por primera vez en Pamplona.

Y la cocinera respondía:

—Hombres viejas más tarde que mujeres te tienes.

Y Roque, retrocediendo espantado al oír aquella descarga de lenguaje, murmuraba:

—Que mi tengo de casar con esta mujer; si cualquier día mi muero, pues, atragantado con su conversación.

La luna de miel pasó y empezó la vida doméstica y conyugal, sin el decorado y aparato que el argumento exige.

Y Luisa no era ya aquella criatura enamorada y dulce.

Y el coronel continuaba enamorado de su mujer; pero sin poder apartar

de su memoria aquella operación aritmética de la resta: $43 - 20 = 23$.
¡Veintitres años de diferencial!

Empezaron las nieblas; esas desconfianzas mutuas tan naturales y frecuentes entre socios que aportan para una empresa capitales tan diferentes.

Ella, juventud, hermosura, imaginaciones halagüeñas.

Él, posición, espíritu apasionado, juicio, algún cansancio de la vida.

Cuando en este caso se presenta el demonio de las comparaciones, el desenlace suele ser funesto.

—Mi esposo es guapo, tiene posición, me adora... y él... también es guapo, y posee un nombre y... es joven, mucho más joven que mi marido...

Estos soliloquios mentales son, por decirlo así, la sinfonía del delito.

La virtud vence, pero no siempre, por desgracia de la sociedad.

El coronel había contraído una enfermedad en los ojos que le obligaba á huir de la luz.

El médico que le asistía consideró indispensable una operación y el enfermo se resignó á ella.

¡Qué cinco meses aquellos que pasó Gutiérrez encerrado en su habitación, vendados los ojos y triste y temeroso de no recobrar la vista!

Roque no le abandonaba.

Luisa visitaba á su esposo frecuentemente.

Le besaba por sorpresa y le preguntaba:

—¿Cómo está mi enfermo?

—¡Mi vida! ¡Mi luz! ¡Luisa mía! Si me parece que te veo en la oscuridad. Y para sí añadía:

—Cada día más cariñosa; está mucho más cariñosa desde que estoy ciego, que solía antes de mi enfermedad.

Alguna vez, cuando transcurrían horas sin que Luisa visitase á su marido, éste la llamaba.

Pero la doncella decía al señor.

—La señorita ha salido con su mamá, que ha venido á saber de V.

—¿Ha salido sin despedirse?

—Otras veces, la doncella decía á su amo:

—La señorita está descansando; ha pasado mala noche con la jaqueca. Por fin triunfó la ciencia.

El coronel recobró la vista.

El doctor le autorizó para que se arrancase la venda que cubría sus ojos.

Pero con ciertas precauciones para que no le hiriese la luz de repente.

Quiso sorprender á su Luisa el amante esposo, y sin avisar salió de su habitación con cautela.

Llegó á la habitación de su esposa, empujó la puerta, que cedió, y entró diciendo el coronel:

—Aquí está el ciego...

Luisa lanzó un grito.

El que la acompañaba se desprendió de sus brazos y salió al encuentro de Gutiérrez.

Lo que pasó después no lo supe.

Solamente oí á Roque que decía:

—¡Otra, pues, si es la mía! Pa lo que hay que ver, más vale quedarse ciego.

Y añadía:

—Anda, marcha, pues, y cástate con la vizcaína.

Como no se case su abuelo.

EDUARDO DE PALACIO.

ESTRELLA DEL MAR

BALADA

Hermosa, ¿en qué ha de parar esa tu constancia loca?

Siempre esperar y esperar!

¡Siempre mirando hacia el mar

sentada sobre esa roca!

Por allí su carabela

viste desaparecer

viento en popa á toda vela,

y tu dolor se consuela

pensando que ha de volver.

Si en el mar fiado está

ese amor incomprendible,

mira qué asiento tendrá

viendo que es el mar movible

y ola viene, y ola va.

En el mar no hay que fiar,

que es tornadizo y traidor;

y ahora te voy á contar

una historia de ese mar

y de un entrañable amor.

Rubia y con ojos serenos de amor y de encanto llenos,

alta y gentil, Margarita

era casi tan bonita

como tú, muy poco menos.

Junto al mar iba á jugar,

que, como á tí te recrea,

la solía recrear,

y le dieron en la aldea

por mote Estrella del mar.

Buscaba desde pequeña

la espuma entre riscos rota,

y, siempre alegre y risueña,

saltando de peña en peña

parecía una gaviota.

Así Roque la habló un día:

—Yo tierra adentro vivía

y oí decir, niña bella,

que hay en el cielo una estrella

que á los marineros guía.

Iré á la mar procelosa
tras la suerte veleidosa
que á lo lejos me sonríe,
y tú serás, niña hermosa,
la estrella que á mí me guíe.

Desde entonces se buscaron,
mil ternezas se dijeron,
eterno amor se juraron,
envidia á todos causaron
y de nadie la tuvieron.

Muy tranquilo estaba el mar
y, en una barca los dos,
se alejaban del lugar
decididos á bogar
por esos mares de Dios.

Y al verse los dos á solas,
de alegría haciendo extremos,
se burlaban de las olas
y entonaban barcarolas
al dulce són de los remos.

Él bendecía su estrella
que le dió ventura tal,
cuando por la frente bella
de la dichosa doncella
cruzó palidez mortal.

Lívica y desencajada,
con la vista extraviada,
como si fuera á caer
súbitamente aterrada
íbale á Roque á coger.

Mas cuando, llena de horror,
pensaba que encontraría
en Roque su salvador,

vió que él de bruces caía
en la banda de estribor.

Ambos á igual mal rendidos
doblaron la frente mustia,
y aquellos cantos queridos
se trocaron en sonidos
de desesperada angustia.

Todo horror y agitación
en aquel momento fué,
y en su desesperación,
ella pedía la Unción
y él una taza de té.

Al verla de tal manera
Roque no la halló hechicera
y ella á Roque encontró feo,
porque es un mal el mareo
que descompona á cualquiera.

Desde aquel infausto día
¡adiós amor y poesía!
dichas soñadas ¡adiós!
Llorando están todavía
su desventura los dos.

No habla desde el trance aquel
el doncel á la doncella
ni la doncella al doncel,
porque él se avergüenza de ella
y ella se avergüenza de él.

Pues lloras al escuchar
la historia de aquel amor,
mira si puedes fiar
tu ventura de ese mar
tan mudable y tan traidor.

JOSÉ ESTREMEIRA.

ESPERANDO

—Las diez. No puede tardar.
¡Como que debió salir
á las ocho! Va á decir
que ha tenido que velar.
¡Dos horitas de plantón
sólo por su linda caral!
¡Hombrel! Ni que yo acabara
de venir de Tarancón!
Nada, esta noche la digo
que no hago más el pelele;
si quiere velar que vele,
pero que vele conmigo.
Al fin y al cabo Consuelo
no me entusiasma de veras,
y estoy ya de costureras
hasta la punta del pelo.

—Ya se ha marchado mamá,
y estoy solito en la casa
con la niñera. ¿Qué pasa?
Oigo pasos. ¿Quién será?

Me han dicho que no me mueva
y que no grite tampoco,
porque va á venir el coco
y si lo sabe me lleva.

¡Ay! ya llama. ¡Qué sudores!
Me va á comer si me ha olido.
¡Tiene espuelas! oigo el ruido...
¡debe ser de los peores!

—Anda, pide á ese que llega
que parece señorito.

—Caballero, un centimito
para mi madre, ¡que es ciegal!

—Anda, vete, vida mía,
que va á venir mi marido,
y aunque ya me ha sorprendido
de este modo el otro día,
puede que haga una trastada
y hasta me prohíba verte,

porque tiene el genio fuerte
y se incomoda por nada...

—No salen esas mujeres,
es decir, esas... señoras.
Llevo aquí más de tres horas
y el ministro ¡que si quieres!

Y todo por un estanco
que al cabo no me han de dar.
Yo creo que voy á echar
raíces en este banco.

¡Se necesita paciencia!
¡Y esas chicas no se van!
Pero, Señor, ¿qué tendrán
que decir á Su Excelencia?

No tiene perdón de Dios
quien gasta tanta parola,
porque si fuera una sola
lo comprendo... ¡pero dos!

—Un poco alzado el vestido.
Así. La boca entreabierta.
Y de par en par la puerta
para que entre y no haga ruido.

¡Hola! Se ha parado un coche.
¡Vamos! Ha venido pronto.
Me haré la dormida. ¡Es tonto
si no se atreve esta noche!

—Con esta intranquilidad
no hay un cristiano que rece.
Van doce misas ó trece
¡y no viene Trinidad!

Empezaré otro rosario...
¡Tengo la gloria segura!
Lo más grave es que ese cura
que está en el confesionario

acabará por llamarme,
porque ha creído que estoy
esperando vez... ¡y voy
á tener que confesarme!

SINESIO DELGADO.



Sr. D. Manuel Cañete. En su revista de teatros publicada recientemente en *La Ilustración*, he visto que V. también ¡oh, dolor! ha caído en la vulgaridad de creer en la existencia de una banda de *reventadores*. Es, decir,

supongo que, como creerlo, no lo creará V.; pero echa mano de esa muletila para defender á los amigos.

¡Diablol! V. mismo está quejándose continuamente de la apatía del público que tolera necedades, y cuando ese público se alborota le pone V. de vuelta y media...

No hay reventadores, D. Manuel; esas son voces que han hecho correr los autores hueros, como V. los llama.

Mucho anoche me extrañó
lo que Juan se entusiasmó
elogiando á su doncella.
Para mí es que... Digo, no;
¡será en caso para ella!

LUIS LÓPEZ.

En la fábrica de tabacos de Sevilla se han amotinado las cigarreras gritando:

¡No queremos papel de Lallana! ¡Viva la Reina!
¿Qué tendrá que ver una cosa con otra?
¡A no ser que el papel Lallana sea pactista sinalagmático!...

Me enamoré de Felisa
de un modo tan espantoso
que comencé á hacerla el oso
sin freno ni cortapisa.
Pero ¡lo que son las cosas!
cuando á casarme me inviten
diré... que no lo permiten
mis creencias religiosas.

Un periódico del Burgo de Osma nos da un *solemne mentis* (así, como suena), pretendiendo que no hemos estado en Soria y que la descripción aquella está cuajada de embustes.

¡Vaya por Dios! Con decir que hemos elogiado á Soria hasta la exajeración, queda contestado el colega del Burgo. Por supuesto, lo que á él le ha escocido es que hayamos asegurado que no hay fondas. Pero, señor, si no las hemos encontrado, ¿qué culpa tenemos nosotros?

Lo que hay es que estos periódicos de pueblo se pasan de listos, y como han oído decir que en Madrid todo es farsa...

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Agua nieves.—Badajoz.—Perfectamente impublicable.

Lámpara.—Es bonita la cosa en cuestión, pero no creo que interese al público en general. ¿Sabes?

El ogro.—Muchas gracias, mil gracias, un millón de gracias; pero ¡ay! no podemos aceptar el ofrecimiento.

Sebonico.—Habana.—Calle V., ángel mío, eso no es soneto, ni esos son endecasílabos, ni está el horno para guasas vivas.

Sr. D. A. G.—Ciudad Real:

«Erase una noche del frío invierno
cuando mis ojos te vieron...»

Y se le heló á V. la idea de la versificación y del silabeo.

Florite.—Agradeciendo, prenda. Los versos están bien hechos y el asunto me gusta. Pero ese final... ¡Dejemos en paz á los clérigos!

Sr. D. J. F.—Coin.—Que no se puede contestar á todo el mundo, hombre. ¿O quiere V. que hagamos el número con la correspondencia particular?

Sr. D. F. A. L.—Madrid.—Bien versificado, pero es el mismísimo asunto de una dolora de Campoamor.

Eratóstenes.—Esa es infinitamente peor que la otra.

K. Tite.—Ni yo, ni V., ni el mendigo, ni Dios entendemos eso. Y ya ve usted, ¡somos cuatro personas!

Sr. D. S. H.—X.—Ni ritmo, ni cadencia,
ni gracia, ni experiencia.

Sr. D. S. J.—Budia.—Distintas veces nos hemos metido en ese negocio de las tapas, y hemos tenido que desistir, porque no tienen objeto. Sale más barato y es mejor encuadernar el tomo. Pero... ¡va V. á echar á perder la colección!

Sr. D. J. M.—Soria.—Gracias por sus elogios. Los versos son flojitos. *I. Meneo.*—¡Vive Dios! que se pasa V. la existencia dándose de bofetadas con la ortografía. Y no hablemos de los versos porque... más vale.

Sr. D. P. V.—Madrid.—Aquella contestación no era lo que V. se figura. MADRID CÓMICO se publica el sábado y lleva la fecha del sábado. En Cádiz se vendió á las nueve de la noche del domingo. De modo que ¡está usted enterado! Y los versos son malos.

Un espadín.—Y esos no son malos, ¡son atroces!

Sr. D. R. V.—Madrid.—Ora la poesía, ora el dibujo... ¡y todo echado á perder completamente!

Sr. D. D. B.—Valladolid.—Tampoco V. ha interpretado bien mi idea al contestarle. ¡Carambal! Lo toma V. por todo lo serio. ¿Por qué no cuida V. un poco más los versos?

Un sablista.—¿Prosa? ¡No!

Tomillo.—Hombre, por lo que barrunto es muy gastado el asunto.

S. X.—Diluido, diluidísimo, y resulta más larga que la formación de un sumario.

MADRID, 1888.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, calle de la Libertad, núm. 16.—Teléfono 934

ENTRE BAÑEROS



—Bien apretabas ayer el talle de aquella trigueña, ¡bribón!

—Era porque empujaba mucho la ola.

—Eso mismo decía yo cuando tenía veinte años, que empujaban las olas...

ANUNCIOS

Lit. Espiritu-Santo, 18. Madrid

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL. LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero izquierda

Teléfono núm. 2.100

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS, DE DIEZ Á CUATRO

COMPANÍA COLONIAL

PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES

ACREDITADOS CAFES

28 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

Y PARA SU DIRECTOR

LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR

en la Exposición Universal de París de 1878

TES.—TAPIOCA.—SAGU

BOMBONES FINOS DE PARÍS

Depósito general. . . . Calle Mayor, 18 y 20

Sucursal. Montera, 8

Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

Biblioteca del MADRID CÓMICO

PÓLVORA SOLA

COLECCION DE COMPOSICIONES ORIGINALES DE SINESIO DELGADO

DIBUJOS DE CILLA

FOTOGRAFADOS DE THOMAS, LAPORTA Y VALDÉS

Un elegante tomo de 200 páginas.

PRECIO: TRES PESETAS.—A los libreros y corresponsales, DOS.

COLECCIONES

Cada año, á contar desde 1883, se forma un magnifico tomo, que se vende á los precios siguientes:

Sin encuadernar.—A los suscriptores, 8 pesetas.—A los no suscriptores, 10 pesetas.—Encuadernado en tela.—A los suscriptores, 10 pesetas.—A los no suscriptores, 12,50.

ESPAÑA CÓMICA

Album de 50 cartulinas, que contienen las crónicas ilustradas de todas las provincias de España. Edición de lujo.—Se pondrá a la venta en el mes de Septiembre, época en que se concluirán los viajes. Se admiten encargos.

PRECIOS

Sin encuadernar. 20 pesetas

Encuadernado en tela. 25

Cartulina.